

TEXTO

«Dios lleva el alma a la soledad para hablarle al corazón (Os 2, 14), y esta alma debe ser del todo pura y sencilla, y estar recogida y atenta para sentir y entender ese divino lenguaje. Debe huir del “mundanal ruido” de las criaturas, de todo el tumulto de las pasiones y los vanos cuidados terrenos, y hasta de sí misma, desnudando su imaginación y memoria de todo recuerdo y pensamiento humano, si quiere sentir aquel suave y silencioso *susurro* del divino Espíritu, que nos está hablando la *palabra escondida* (Jb 4, 12); y a la vez debe tener una rectitud de intención, unos ojos tan limpios y cándidos, que toda sea transparente y sin la menor doblez para que no se repliegue sobre sí misma, atribuyéndose nada de los que Dios dice y obra en ella; porque esto sería el “mal ojo”, el *oculus nequam*, del amor propio, que todo lo vicia y lo pervierte, volviéndolo tenebroso, mientras con el ojo sencillo todo queda “iluminado”» (*Evolución mística*, BAC, Madrid 1952⁶, pp. 381-382).

Este Boletín se distribuye gratuitamente.
Quien desee recibirlo puede solicitarlo a:

VIDA SOBRENATURAL
Convento de San Esteban
Apartado 17
37080 – Salamanca
E-mail: vidasobrenatural@fatse.org
Tel: (923) 21 50 00

Si desea ayudar, con su limosna, a sufragar los gastos de edición de esta publicación puede hacerlo por giro postal o transferencia bancaria a la c/c nº **0182- 3726- 11-020-050062- 9**, del **BBVA**.

Biografías sobre el P. Arintero

- A. ALONSO LOBO, *El P. Arintero, precursor clarividente del Concilio Vaticano II*, Salamanca 1970 (10 €, más gastos de envío).
A. BANDERA, *El P. Juan G.-Arintero. Una vida de santidad*, Salamanca 1992 (35 €, más gastos de envío).
M. A. MARTÍNEZ, O.P., *El P. Arintero, «restaurador de la Mística en España»* (Celebraciones vivas de los santos 65), Burgos 2004, 48 pp. (3 €, más gastos de envío)

Están disponibles estampas y devocionarios del *Amor Misericordioso* y de *María Mediadora*.

P. Juan G. Arintero, O.P.

–Apóstol del Amor Misericordioso–

Boletín Informativo

Año IV –nº 12–Septiembre-Diciembre 2009

Causa de Canonización

Promotor: Fr. Manuel Ángel Martínez Juan, O.P.

«*Deseo a Nuestro Señor, deseo amarle y que muchos le amen*» (P. Arintero).

EDITORIAL

La confianza en Dios en la vida de Arintero

Según testimonian los que le trataron familiarmente, el P. Arintero tenía una confianza ilimitada en Dios. Muchos le oyeron repetir antes las contrariedades, que no faltaron en su vida: «Dios lo arreglará todo».

Esa misma confianza le sostuvo ante el fracaso como profesor en Roma. También entonces, sacando fuerzas de flaqueza, ahogó como pudo su dolor diciendo en lo íntimo de su corazón las palabras del salmo que acostumbraba a repetir en tales circunstancias: «*Bien me ha estado, Señor, ser humillado*» («*Bonum mihi Domine, quia humiliasti me*». Sal 119, 71). Después de este acontecimiento comenzó en su vida un calvario que duró tres años a causa de las duras críticas de sus escritos, procedentes incluso de algunos frailes. Los tres años que duró, de 1910 a 1912, fueron –como él mismo confesó más tarde– los más amargos de su vida. Sus tormentos físicos y morales los padeció en gran soledad, pues apenas tuvo más consuelo y visitas que las del P. Prior, las del médico y del fraile enfermero. Parecía como si el resto de la comunidad de frailes se hubieran puesto de acuerdo para no visitarle. Pero nunca perdió la confianza depositada en Dios.

Esa misma confianza experimentó más tarde ante las numerosas dificultades, entre otras las de carácter económico, que surgieron en el momento de la fundación del monasterio de clarisas de Cantalapiedra. En este último caso hubo un momento en el que todos vacilaron, incluso la fundadora, la M. Amparo, pero el P. Arintero permaneció firme en su confianza en Dios. En aquellas circunstancias los frailes de su convento

le decían: «P. Arintero, usted se mete a fundador, pero ya verá. Va usted a tener que cargarse con las monjas y con el convento». Y él respondía: «Ustedes no se preocupen de eso que yo cargaré con lo que sea». Sus frailes le replicaban diciendo: «Ya verá usted después qué música». A lo que él respondía: «Para ustedes el acompañamiento; yo, como soy sordo, no oigo». Esta confianza fue creciendo en su corazón con el paso del tiempo, aunque nunca fue pasiva, siempre le impulsó a actuar con todas sus energías.

Esta misma confianza que él experimentaba trataba de infundirla en los demás, especialmente en las personas a las que orientaba espiritualmente; pero también en los lectores de sus libros y escritos. Una religiosa testimonió que a su juicio el principal móvil de la actividad apostólica del P. Arintero era ayudar a todos a alcanzar la salvación, apoyándose en la confianza en Dios. Incluso iba más allá, animando a todos a confiar en que es posible en esta vida llega a las más elevadas cumbres de la santidad cristiana a las que –según decía incansablemente– Dios nos llama. Aunque él mismo se consideraba lejos de haber llegado a esas alturas.

De su confianza en Dios brotaba una gran magnanimidad; por eso, cuando se proponía hacer algo para gloria de Dios, quería hacerlo a lo grande. Es el caso, una vez más, de la construcción del monasterio de Cantalapiedra, para el que quería que se adquiriera un abundante terreno con el fin de poder ampliar la construcción en el futuro, cuando fueran viniendo numerosas vocaciones, como de hecho ocurrió más tarde.

En los últimos seis años de su vida esta confianza estuvo muy unida a su devoción al Amor misericordioso. Alguien le oyó decir en cierta ocasión que creía tanto en el amor que Dios nos tiene, que en todas las cuestiones opinables en teología siempre hacía suya la que más ensanchaba el corazón de los fieles a confiar en el amor y en la misericordia divina. La devoción al Amor Misericordioso que propagaba lleva consigo implícita esta confianza en Dios. Él mismo encontraba consuelo en esta devoción porque se sentía muy necesitado de la misericordia divina. Tal devoción tenía como objetivo primordial despertar la confianza en Dios.

Para el P. Arintero el Amor Misericordioso era un misterio que él vivía a fondo. Casi dos años antes de su muerte le escribió una carta a la M. María Magdalena diciéndole: «veo que sólo en el amor y la

misericordia halla paz mi pobre alma». Con la difusión de esta devoción quería crear una espiritualidad positiva en la que se hablara poco de pecado y de castigo y mucho de caridad, santidad, misericordia y esperanza en el amor inagotable del Padre. No pretendía guardar silencio sobre el pecado, pero quería presentarlo todo desde la perspectiva de la misericordia y del gozo que Dios tiene en perdonar cuando existe verdadero arrepentimiento. Se trata, en definitiva, de vivir el precepto del amor en el marco de la misericordia tal y como se presenta en el mismo evangelio.

Esta confianza en Dios se reflejaba, además, en su predicación, caracterizada por ser totalmente positiva. Un sacerdote que hizo ejercicios espirituales con él nos ha dejado el siguiente testimonio: «Su doctrina no era la corriente y vulgar basada en el temor y novísimos, sino toda de amor, contemplación, unión divina..., despertando en el alma unas ansias de perfección y haciendo aspirar a grandes ideales de total transformación en Dios y santidad consumada, pues *todos*, según él, *somos llamados* [...]. Así se explica cómo no le viniera muy bien oír confesiones generales, si no las juzgaba necesarias; ni tratase asuntos prácticos de enmienda de vida, vicios, ocasiones, o cosa que oliese a mundo. No, su misión no era esa».

Oración (para uso privado)

Padre lleno de amor y Dios de infinita misericordia, acuérdate del celo ardiente que abrasaba a tu hijo *Juan González Arintero* por dar a conocer el Amor Misericordioso de tu Divino Corazón, y concédeme por su intercesión la gracia que humildemente te pido como signo de tu voluntad de glorificar al que tanto trabajó para que en todo el mundo fuese *conocido, amado, imitado y ofrecido* tu amado Hijo Jesús como Amor Misericordioso. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Pídase la gracia que se desea alcanzar...

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

Comunique las gracias y favores recibidos

N.B. De conformidad con los decretos de Urbano VIII, en nada se pretende prevenir el juicio de la Iglesia.